

Esteban Martín

Sinada

El Nuevo Mundo



edebé

El Nuevo Mundo

SANADA

El Nuevo Mundo

Esteban Martín

edebé

© Esteban Martín, 2015

© Edición: EDEBÉ, 2015

Paseo de San Juan Bosco 62 (08017 Barcelona)

www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41 contacta@edebe.net

Dirección Editorial: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Producción: Elisenda Vergés-Bó

Diseño: Els Altres

1.ª edición, septiembre 2015

ISBN 974-84-683-1581-2

Depósito Legal: B.

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Nacido entre nosotros,
un día llegará el elegido.
Su origen tendrá donde se pone el sol.

Cabello de oro,
espíritu rebelde,
corazón de dragón.

Dos maestros le iniciarán
en el camino del bushido:
lealtad, justicia, sacrificio y honor.

Blandirá la Espada Legendaria
frente a aquellos que alzaron sus armas
contra el Emperador.

Honor y gloria abrirán
el filo de su katana
contra el camino del akudo.

La Tierra del Crisantemo
devolverá a su dueño
y emprenderá su propio viaje.

ÍNDICE

1. Piratas a la vista	9
2. Sevilla	15
3. La misión	25
4. Chasa Tonga, Shonge Honga	31
5. La ruta hacia las Indias	39
6. Santo Domingo	47
7. El plan	55
8. Vudú	61
9. Embrujado	65
10. Zombis	71
11. El círculo mágico	75
12. Una larga noche	81
13. Tempestad	87
14. La conquista de la isla	91
15. El cazador de indios	97
16. La desolación de Alvear	103
17. Una victoria incompleta	107
18. La doma	109
19. Salvados y... salvadas	113
20. El consejo de la tribu	119
21. Las amazonas	123
22. El pueblo cheyenne	127
23. Encuentro con el pasado	133
24. Al otro lado de la frontera de la vida	141
25. Gran Búfalo Blanco	145

26. La partida de Alonso	149
27. El ataque de los pawnees.	153
28. La caza y... una sorpresa inesperada.	159
29. La batalla	165
30. La muerte de Adejola.	175
31. ¿Fin?	179

Piratas a la vista

David Bermejo, un joven de catorce años más listo que el hambre, fue el primero en dar la voz de alarma. Una flota de seis velas se perfiló, amenazadora, en el horizonte.

—¡Corsarios ingleses! —gritó el chico, con tanta energía que a punto estuvo de caer desde lo alto de la gavia, montada sobre el palo mayor, de no ser porque, con ambos brazos, se afianzó alrededor del mastelero.

David, ahora aferrado al palo con un brazo, señalaba hacia levante sin dejar de gritar una y otra vez.

Sanada el samurái, desde la toldilla de popa, clavó sus ojos en la dirección que señalaba el muchacho.

Tristán de Alvear, capitán de mar y guerra del *Santísima Trinidad* y comandante de la expedición, apareció de pronto en cubierta.

—Parecen dispuestos a atacarnos —le dijo el segundo de a bordo, tan sorprendido como su propio capitán.

—Es muy extraño. Los piratas atacan cuando navegamos de regreso, con las bodegas bien cargadas con la plata y el oro de las Indias.

La expedición, por mandato de Su Majestad, había partido hacía varias semanas desde Sevilla con dirección hacia las tierras de Nueva España. La formaban cinco navíos, seiscientos hombres de armas, cuatro docenas de caballos, algunos clérigos y aquel extraño joven y su horrible compañera de ojos rasgados y tez enfermiza, amarillenta como un pergamino añejo,

que decía ser su hermana. ¡Cómo podían ser hermanos aquellos seres tan distintos y ataviados hasta los dientes con estrafalarias armaduras y espadas! Sin embargo, las órdenes estaban claras: debía escoltarlos hasta la presencia del gobernador, donde ambos jóvenes le entregarían unas nuevas leyes dictadas por el Emperador para el mejor trato y manejo de los indios. Aquello no le iba a gustar al gobernador, pero ese no era su problema, se dijo Tristán de Alvear. Su problema, en ese momento, se centraba en cómo librarse de los malditos corsarios ingleses.

—¡Baker! ¡Matthew Baker! —exclamó el capitán cuando, a través del catalejo, vio el nombre de una de las naves enemigas: *Ark Royal*.

Se trataba de un galeón de dos puentes, dos cubiertas en el castillo de proa, alcázar y toldilla, y sobre esta, en el coronamiento, una chupeta. El balcón corría de proa hacia popa, a cierta distancia a las bandas de la toldilla. Su dragón plateado y amenazador, como mascarón de proa, hacía al *Ark Royal* inconfundible. Iba bien armado y seguido, a toda vela, por cinco galeones con las mismas hechuras.

—Pronto nos darán alcance.

Su primera intención fue huir a todo trapo y no presentar batalla. Pero Tristán de Alvear sabía que eso era imposible; sus galeones eran mucho más pesados y lentos que los del enemigo y, como decía su segundo, muy pronto les darían alcance. Tristán de Alvear no era un soldado dispuesto a hurtarse un combate, pues su ánimo y su brazo se habían templado en cien batallas. Además, su buque insignia estaba bien armado, con veintiún cañones pesados de bronce, ciento treinta de hierro y cien falconetes, al igual que el resto de los galeones. Únicamente le frenaban las órdenes de llegar a Nueva España con la carga íntegra de sus bodegas.

Fue entonces cuando lo comprendió. Los ingleses querían impedir que los aprovisionamientos y los refuerzos de hombres llegaran intactos a su destino.

—Bien, si hay que luchar, se lucha —dijo Tristán de Alvear—. ¡Todo el mundo a sus puestos!

El corsario inglés, a través del catalejo, vio los preparativos de la flota española. Él ya estaba preparado. Los abordaría, robaría la carga y después hundiría los barcos. Matthew Baker, como corsario inglés, tenía el mandato expreso de su joven reina de atacar tanto las flotas como los intereses españoles en las costas de las nuevas tierras al otro lado de la mar. En pocos años se había ganado una justa fama como azote de las flotas de Su Majestad el rey de España, a quien su reina odiaba a muerte.

Baker, hijo de un predicador protestante, había empezado su carrera de marino a los trece años embarcándose en un buque mercante. A los veinte era sobrecargo y, cinco años después, ya comandaba un navío que tenía por misión el comercio de esclavos y era conocido como el pirata más desalmado, tanto en Cabo Verde como en las costas de Guinea, donde capturaba a mujeres y hombres de color que luego vendía a españoles tan despiadados como él en Borburata e isla Margarita. A partir de aquí, convertido en un hombre rico, su carrera continuó en ascenso. Fue llamado por la reina, que amparaba a otros piratas como él, para patrocinar sus incursiones y saqueos, a pesar de haber firmado una tregua temporal con España. La reina, muy astuta, no reconocía oficialmente los actos de Baker y los demás corsarios; simplemente, se beneficiaba de ellos. Y ahora tenía la pretensión de que aquella flota, al mando de Tristán de Alvear, no llegara jamás a su destino.

A pesar de sus preparativos, el inglés no esperaba una acción tan rápida y tan decidida como la que acometió el soldado español, quien a todo trapo dirigió el *Santísima Trinidad*, su nave capitana, contra la del corsario, que, en posición defensiva, mantenía otra de sus naves bien cerca.

Alvear no lo dudó un solo instante y se batió encarnizadamente contra los dos galeones haciendo bramar sus cañones y barriendo sus cubiertas con tal cantidad de fuego que a los ingleses les pareció que el cielo se les venía encima. Las dos naves corsarias quedaron separadas del resto de su flota. Tristán, aprovechando una racha de viento, tomó impulso y embistió a

la otra nave enemiga, con tanta destreza y violencia, que esta se fue a pique, lo que le permitió dedicarse a combatir el galeón de Baker con un intenso cañoneo que tenía como objetivo desarbolar el *Ark Royal* e intentar, con tiro doble, quebrar el casco y alcanzar su santabárbara.

—¡Acabaré contigo! —gritó Baker en su desesperación, viendo cómo la anhelada victoria se le escapaba de las manos.

—¡Te cortaré una oreja y se la enviaré a tu reina en una caja! —respondió Tristán de Alvear.

Sanada sonrió ante la ocurrencia del jefe de la expedición. Alvear le clavó una mirada inquisitiva con la que le ordenaba que, tanto él como su hermana, se alejaran de inmediato de allí. Por supuesto, ellos no estaban dispuestos a obedecer.

Mientras tanto, los otros barcos corsarios, que no supieron reaccionar a tiempo, eran mantenidos a distancia por el resto de los galeones españoles.

David Bermejo y los dos samuráis habían saltado a primera línea dispuestos al combate.

—¡Que alguien quite a esos críos de ahí! —gritó el guardián, encargado de la seguridad de a bordo, cuando vio a los tres chicos mezclarse con los soldados y abrirse paso entre ellos.

—¡Déjame! ¡Quiero luchar! —gritó David Bermejo cuando un piquero gigantón le apartó de un manotazo, lanzándolo contra los enjaretados de ventilación de cubierta.

—¡Atrás, chico! ¿Quieres que te hagan fosfatina?

Los cabos, a una orden del alférez de guerra, situaron sus escuadras de arcabuceros y mosqueteros a todo lo largo de la cubierta. El resto de los soldados, armados con picas, esperaban la orden de abordaje.

Sanada y Oyuki tampoco obedecieron la orden del guardián y, ante la sorpresa de todos, saltaron al interior del galeón enemigo llevándose por delante a gran número de corsarios ingleses. Esta acción levantó expectación entre los hombres de Tristán de Alvear. Los dos jóvenes samuráis avanzaban por cubierta hiriendo a cuantos ingleses se atrevían a enfrentarse a ellos, y se dirigían al puente de mando donde, rodeado de sus

oficiales, Baker se desgañitaba ordenando una cosa y su contraria.

—¿Quiénes son esos demonios y de qué van vestidos?

Sus oficiales no sabían qué contestar, tan sorprendidos como su almirante en jefe.

Tristán de Alvear mandó que cesara el fuego de mosquetes y arcabuces. No quería exponerse a alcanzar a aquellos dos chicos; ellos solos estaban dando buena cuenta de los corsarios enemigos. Se movían de forma descabellada y gatuna, pensó Alvear, eliminando a cada enemigo de un golpe mientras seguían avanzando.

—Señor, ¿de dónde han salido esos diablos? —preguntó, atónito, el alférez de guerra.

—¿Diablos? Puede que lo sean, pero nos los ha mandado el cielo —contestó Alvear; se dio la vuelta y, mirando a sus hombres, clamó—: ¡Al abordaje!

Poco después, docenas de soldados españoles se enfrentaban cuerpo a cuerpo contra los corsarios ingleses.

Los oficiales de Baker intentaron protegerle, pero ya era tarde. El joven samurái se encontraba frente a él con la catana en alto.

—No sé quién eres, pero aquí terminan tus aventuras —exclamó Baker desenvainando su espada.

—Solo necesito vuestra oreja —dijo Sanada sin inmutarse mientras Oyuki mantenía a distancia a los oficiales enemigos.

—¿Mi oreja?

—¡Eso es! —dijo Sanada mientras lanzaba un certero golpe que, de un tajo, cercenó la oreja izquierda del pirata inglés.

Sanada la alcanzó en pleno vuelo.

—¡Mía! —gritó con satisfacción.

Baker no sintió dolor, sino una rabia incontenible. Iba a lanzarse contra el muchacho cuando vio que docenas de soldados enemigos, con Alvear en cabeza, empezaban a ganar el puente.

—¡Huyamos, señor! ¡El barco está perdido! —le dijo uno de sus oficiales.

En la confusión, Baker corrió como un conejo y, desde la

cubierta de la toldilla de popa, saltó al océano. Uno de los barcos a la fuga le recogió lanzándole un cabo.

El *Ark Royal*, sin su oficial en jefe al mando, terminó por rendirse.

Tristán de Alvear se sentía henchido de satisfacción, orgulloso de sus hombres pues, entre todos y sin proponérselo, habían apresado al galeón más temido de aquellas aguas y habían puesto en fuga al resto de la escuadra corsaria. Llevaría aquel majestuoso navío a buen puerto y, bajo pabellón español, rendiría buenos servicios a la Corona.

Cuando tuvo a los dos samuráis frente a él, estuvo por abalanzarse sobre aquel par de malandrines y abrazarlos pues, sin ellos, estaba claro que la victoria hubiera sido imposible. Sí, estaba muy satisfecho con la victoria. Pero lo que realmente le llenó de satisfacción fue cuando, después de dar las gracias a Sanada y a su hermana y de que ambos fueran vitoreados por sus hombres como auténticos héroes, el chico, tendiéndole el brazo, le dijo:

—Vuestra oreja, señor.